

sublevados; pero resbalando los caballos en el terreno fangoso y resbaladizo por las continuas lluvias propias de la estacion, se vió precisado á desistir de toda acometida y á mantenerse á la defensiva. Los indios, aprovechando la favorable circunstancia de ver que no podia maniobrar la caballería, que era lo que mas temian, cargaron sobre sus contrarios en número considerable. Pedro de Alvarado, convencido de que eran inútiles sus esfuerzos para atacar donde el jinete no podia dirigir su caballo, emprendió la retirada, luchando sin cesar con los millares de escuadrones que habian descendido de la montaña. Tres leguas retrocedió, combatiendo sin descansar un solo instante, acosado por los indios que procuraban impedirle la retirada. No permitiendo el terreno hacer uso del caballo y con el fin de hallarse en el sitio de mas peligro, que era la retaguardia, desmontó de su corcel para alentar con su ejemplo á los que iban en ella. Los vencedores siguieron el alcance de los vencidos sin dejarles descansar un solo instante. Un rio se presentó de repente, á cuya opuesta orilla se encontraba un peñascoso cerro. Los españoles y sus aliados pasaron el rio sin encontrar obstáculo, y emprendieron la subida del fragoso monte. Pedro de Alvarado quedó en la retaguardia para contener á los contrarios, y no empezó á subir hasta no ver á sus soldados á bastante distancia. La cuesta era muy pendiente y áspera, y los soldados de caballería marchaban llevando á los caballos del diestro. Solamente algunos continuaron montados, con peligro de que resbalase el caballo y caer rodando con él hasta la sima.

Los indios, satisfechos de haber alcanzado el triunfo,

no quisieron continuar en seguimiento de los vencidos, y se contentaron con arrojar una nube de flechas desde la opuesta orilla sobre los que se alejaban. Despues, dando alaridos de triunfo y de alegría, emprendieron la vuelta hácia sus puntos fortificados para celebrar la victoria.

Entretanto los españoles iban subiendo la penosa cuesta, marchando detrás Pedro de Alvarado, á pié, con algunos capitanes. Delante de él y á distancia de pocas varas, marchaba á caballo un soldado llamado Baltasar de Montoya. Impaciente de ver la lentitud con que el corcel caminaba, bajó de él, y llevándolo de la rienda, trató de hacerle andar mas á prisa. El fatigado animal hacia esfuerzos para subir la pendiente con la prontitud que se le exigia; pero resbaló de repente, y cayendo en tierra, rodó por la montaña con rapidez espantosa. Pedro de Alvarado, que marchaba detrás, trató de hacerse á un lado; pero no tuvo tiempo para verificarlo; y el caballo, dándole en el pecho, le arrastró consigo por la cuesta abajo hasta un arroyo que cruzaba entre las peñas. Acudieron inmediatamente los españoles al sitio en que se hallaba su general, y le encontraron privado de sentido. El peso del caballo al pasar por encima de él, le había roto el pecho, privándole de la respiracion. Se le dió agua, y volviendo del desmayo, empezó á arrojar sangre en abundancia por la boca. Los dolores que sufría eran horribles, y la dificultad de respirar, apenas le permitia hablar. Con admirable prontitud se improvisó una camilla, y le condujeron con mucho cuidado al pueblo de Atenguillo, distante cuatro leguas del teatro de la desgracia. En los momentos en que se le colocó en un lecho para que descansase y se le apli-

casen las primeras medicinas, llegó el gobernador Cristóbal de Oñate al mismo pueblo de Atenguillo. Había presenciado la derrota del jefe español, y se puso inmediatamente en camino, con el fin de favorecerle en su retirada. Pedro de Alvarado, al ver entrar en la pieza al gobernador, le tendió la mano con cariño. Conoció entonces lo imprudente que había estado al desatender sus consejos, y le dijo: «*Quien no cree á buena madre, cree á mala madrastra.* Desatendí vuestras justas advertencias, y el resultado ha sido el que debía esperarse. Pero el mal está hecho, y no tiene remedio. Lo que ahora deseo es que se me lleve lo mas pronto posible á la ciudad para disponer el importante negocio de la salvacion de mi alma, pues conozco que voy á morir». Inmediatamente mandó el gobernador disponer una camilla, y al brillar la luz del siguiente dia, se emprendió la marcha hácia Guadalajara, que distaba cuatro leguas de Atenguillo. Cristóbal de Oñate se adelantó á toda prisa, y dispuso que el cura y vicario de la ciudad, llamado Bartolomé de Estrada, saliese, sin pérdida de momento, á confesar á Pedro de Alvarado. Salió el sacerdote, y á una legua de la ciudad se encontró con los que conducian al jefe español. El ministro católico mandó que se detuvieran y que colocasen la camilla debajo de unos pinos, cuyo espeso ramaje defendiese de los rayos del sol al fatigado enfermo. Retirados á un lado los soldados, el sacerdote se quedó solo con Pedro de Alvarado que luchaba ya con las ansias de la muerte. La presencia del ministro de la religion llenó de consuelo al hombre que veia llegar el término de su vida. Despues de dar gracias á Dios por el favor que le propor-

cionaba, se confesó con verdadera contricion de sus culpas. Terminada la confesion, pidió Pedro de Alvarado que le llevasen despacio á la ciudad, suplicando al sacerdote que no se apartase un solo instante de su lado. Conducido á su alojamiento y colocado en un lecho cómodo, se le asistió con el mas escrupuloso cuidado. Conociendo, sin embargo, que los recursos de la medicina eran inútiles para salvarle, dispuso su testamento, y recibió el sacramento de la extremauncion con edificante fervor y ternura. Esperando entonces tranquilo la muerte, hizo que se despachasen órdenes á los capitanes que había dejado con fuerzas en diversos puntos, para que no los abandonasen hasta que el virey Mendoza no dispusiese lo contrario, y el 4 de Julio, diez dias despues de la derrota sufrida, expiró rodeado de sus capitanes y amigos.

La victoria alcanzada sobre Pedro de Alvarado, aumentó las filas de los sublevados, que se juzgaron desde aquel momento con suficiente poder para apoderarse de los pueblos que guarnecian en la Nueva Galicia los españoles. El gobernador Cristóbal de Oñate dió parte al virey Mendoza de los tristes sucesos ocurridos, manifestándole temor de que los capitanes de Alvarado se volviesen á Guatemala sin auxiliarle, y pintándole el grave riesgo que corria de perderse la provincia.

La muerte de Pedro de Alvarado fué muy sentida de sus tropas, y la noticia llenó de duelo y de amargura el corazon de su esposa D.<sup>a</sup> Beatriz de la Cueva que vivia en Guatemala. Dos meses despues, una terrible catástrofe puso fin á su existencia. A las dos de la mañana del 11 de Setiembre, despues de abundantes aguaceros y tempesta-

des que duraron tres dias, se sintió en la ciudad, situada á media legua de una elevadísima montaña, un espantoso terremoto, que se repitió por tres veces con igual fuerza, con cortos intervalos del uno al otro. La gente, aterrada, salia de sus casas que amenazaban derrumbarse. De repente hizo una explosion volcánica la montaña, y desapareciendo su cúspide, empezó á lanzar torrentes de agua y tremendas piedras que caian sobre la ciudad amenazando destruirla. Seiscientas fueron las víctimas causadas por aquel siniestro. Entre ellas pereció, bajo los escombros de su casa, la viuda de Pedro de Alvarado, señora llena de virtud y de hermosura.

Desde el instante en que Cristóbal de Oñate volvió á verse sin el apoyo de Pedro de Alvarado, vigilaba sin descanso para evitar una sorpresa por parte de los indios sublevados. Por fortuna suya, en los últimos del mes de Julio, llegó á Guadalajara, al frente de sesenta soldados de caballería, el capitán Juan de Muncibay, pundonoroso hidalgo de acreditado valor y de notable honradez. Habia salido de Méjico, despachado por el virey, desde que se le dió el primer aviso de la sublevacion. Corto era el refuerzo para hacer frente á los numerosos escuadrones indios que se acercaban hasta las puertas de la ciudad; pero, sin embargo, era de suma importancia para el gobernador en las afflictivas circunstancias en que se encontraba. Comprendiendo que los sublevados no tardarian en emprender sus ataques sobre la ciudad, se dispuso á defenderla. Contaba, incluso el refuerzo recibido, con ochenta y cinco hombres españoles, resueltos á morir, y con suficientes municiones de guerra.

Los indios, queriendo dar el golpe antes de que pudiesen llegar nuevos refuerzos, resolvieron dirigirse sin demora sobre Guadalajara, para apoderarse á todo trance de la ciudad. El general en jefe de las fuerzas sublevadas era el cacique D. Diego Zacatecas, conocido tambien con el nombre de Tenamaztle, hombre de notable valor y de una actividad infatigable. Su segundo era otro indio principal, llamado D. Francisco, natural de Nochiztlan, y no menos esforzado que Tenamaztle. Aunque habian conseguido que entrasen en la sublevacion los caciques de varias provincias, otros muchos se negaron á separarse de la amistad que habian ofrecido á los españoles. Entre los que se mantuvieron leales á la fé jurada á los cristianos, se encontraban los habitantes de Tonalá y de Itzatlan, que juzgaban como indigno de nobles corazones faltar á la palabra dada. Un hecho extraño fué el que dió á conocer al gobernador Cristóbal de Oñate, que podia contar aun con la amistad de varios pueblos. Los mensajeros de los principales jefes sublevados, habian ido á Itzatlan para invitar á sus habitantes á la confederacion contra los españoles. El cacique se manifestó dispuesto á entrar en la liga; pero otro indio principal, llamado don Francisco, le echó en cara su desleal conducta, le manifestó que ni él ni los demás del pueblo querian entrar en la conspiracion, y que juzgaba como un deber conducir presos á los mensajeros á Guadalajara, para probar al gobernador que no le abandonaban en la desgracia. Resuelto á llevar á cabo su pensamiento, invitó á comer á los mensajeros. Dispuesto el licor de manera que les embriagase con facilidad, hizo que se excediesen en la bebida,

y al verles sin fuerzas para moverse, mandó que les maniatasen. Logrando así la prision de los mensajeros, se puso al frente de una fuerza de cien guerreros, y los condujo á la presencia del gobernador. Informado Cristóbal de Oñate de la verdad de los hechos, interrogó á los presos, los cuales confesaron llanamente ser cierto el cargo que se les hacia, y sustanciada la causa, les mandó ahorcar, para que otros no se atreviesen á ir á los pueblos para invitarles á la sublevacion.

Entonces supo el gobernador la confederacion formada por los caciques, y que reunian sus fuerzas para emprender el ataque sobre la ciudad. Sin pérdida de momento reunió á sus capitanes, á los regidores, alcaldes y vecinos, y puso en conocimiento de ellos el peligro de que estaban amenazados. Todos se manifestaron dispuestos á defenderse, y prometieron respetar sus disposiciones. Escuchado el parecer de los oficiales mas experimentados, el gobernador resolvió convertir en fortaleza el edificio mas ámplio y sólido de la ciudad. Existian en el sitio principal de la poblacion tres casas pertenecientes á los capitanes Juan del Camino, Diego Vazquez y Juan de Castañeda, que presentaban las condiciones necesarias al objeto. Se formó de ellas una fortaleza cuadrada, con un espacioso patio dentro; se alzaron gruesas paredes de adobe; se hicieron barbacas de madera, y en las esquinas se levantaron dos torres con troneras, que defendian los puntos principales. Mientras los españoles y algunos indios de los aliados trabajaban con actividad en las obras de defensa, una parte del ejército indio se habia acercado á las inmediaciones de Guadalajara. Cristóbal de Oñate

dió orden al capitan Muncibay de que saliese con cincuenta jinetes y una fuerza auxiliar á impedir el avance de los contrarios. Pronto se encontró con el ejército indio que, formado en escuadrones, se dispuso al combate. Todos los guerreros indígenas iban desnudos, pintados los cuerpos con los colores mas vivos, armados de arcos, flechas, lanzas y macanas, y ostentando vistosos penachos. El terreno era llano y favorecia los movimientos de la caballería. El capitan Muncibay, distribuyendo su fuerza con arreglo á la posicion que guardaban los escuadrones indígenas, acometió por los flancos, haciendo que los jinetes dirigiesen las lanzas al rostro de los contrarios. Los indios trataron de envolver á los españoles; pero ese movimiento les fué precisamente contrario. Perdida la union, la caballería pudo maniobrar libremente, atropellando á las desordenadas masas. La confusion se introdujo entonces en el ejército indígena, y no pudiendo resistir al empuje de los corceles, emprendió la retirada, dejando mas de mil cadáveres en el campo de batalla. Alcanzada la victoria, los españoles volvieron á la ciudad para continuar construyendo las obras de defensa.

Mientras el gobernador Cristóbal de Oñate trabajaba sin descanso en hacer levantar parapetos y acopiar víveres, los jefes indios confederados reunian sus fuerzas para marchar sobre Guadalajara. La noticia alarmante de que se acercaban, se tuvo el 29 de Setiembre, dia de San Miguel. Habia salido un capitan llamado Plasencia con sus soldados y algunos indios auxiliares, á forrajear, y al llegar á una altura, descubrió numerosos escuadrones de guerreros indios que se extendian por los montes y

valles circunvecinos. Sin detenerse un solo instante, volvió Plasencia á la ciudad, á dar aviso de que los contrarios se acercaban á veloz paso. Mandó el gobernador dar la señal de alarma, y montando á caballo, se dispuso á la defensa del punto fortificado. Todas las casas de la ciudad quedaron cerradas, y los vecinos, hombres y mujeres, se refugiaron en el fuerte. Los guerreros indios, en número de cincuenta mil, y dando espantosos alaridos, se derramaron por las calles y por los sitios inmediatos á la ciudad, entregando á las llamas los edificios y esperando la señal del asalto. Pronto se escucharon los espantosos sonidos de los instrumentos de guerra, y poco despues los escuadrones indios se lanzaron, con imponderable arrojo, sobre la fortaleza defendida por los españoles. Una descarga de artillería llenó la calle de cadáveres, y obligó á los asaltantes á retroceder. Vueltos de su sorpresa y reforzados con nuevos escuadrones continuaron los asaltos, sin que tuviesen mejor éxito que el primero. El gobernador Cristóbal de Oñate, viendo el terror que les habia causado el estrago hecho por la artillería, quiso aprovechar aquellos instantes en que les contemplaban sobreco- gidos de espanto, y mandó al capitán Juan de Muncibay que saliese con una fuerza de caballería sobre ellos, y volviese á entrar por la otra puerta del fuerte. La orden fué cumplida exactamente. Los jinetes, saliendo de repente y lanzándose sobre los contrarios, esparcieron el terror en las filas enemigas, volviendo al edificio antes de que pudiesen darse cuenta de lo que habia pasado. El brio de los asaltantes habia calmado con las enormes pérdidas sufridas, y parecia que nadie se hallaba en disposi-

cion de emprender nuevo asalto. Uno de los valientes jefes les animó entonces, y poniéndose á la cabeza de sus tropas, se lanzó á tomar el fuerte. Los españoles esperaron á que la columna se acercase; y al verla á distancia corta, dispararon sus cañones, matando al que la mandaba, y haciendo retroceder en confuso desorden á sus guerreros. Entonces salió el gobernador con toda la caballería sobre los fugitivos, atropellando cuanto encontraba á su paso. El terror se difundió instantáneamente en todo el ejército indio, y viéndose acometido al mismo tiempo por la infantería, que salió por la otra puerta, emprendió la retirada en completo desorden, dejando las calles y las plazas de la ciudad cubiertas de cadáveres. Los españoles siguieron persiguiendo á los indios hasta que les vieron alejarse por las montañas. El gobernador Oñate, satisfecho de la victoria, ordenó volver á la ciudad para reparar los daños causados por los asaltantes. Tres horas duró el terrible combate, y en él perecieron muchos millares de indios.

El primer acto del jefe español despues del triunfo, fué asistir al templo á dar gracias al Todopoderoso por el favor alcanzado. Cumplido con el deber religioso, escribió al virey Mendoza, dándole aviso del brillante hecho de armas con que la ciudad se habia librado de caer en poder de los sublevados.

Aunque la guarnicion de Guadalajara celebró con extraordinario regocijo la retirada del ejército indígena, no por esto se juzgó libre de nuevos peligros. Desde el gobernador hasta el último soldado sabian que los escuadrones contrarios ocupaban las montañas y los valles, y

que no transcurriría largo tiempo sin que volviesen con mas brío y mayor número de gente. La ausencia del enemigo la consideraban como una suspension de armas que duraría el tiempo únicamente de volver á reunirse. La única esperanza de salir de la afflictiva situacion en que se hallaban las cortas guarniciones, repartidas en pueblos situados á largas distancias unos de otros, era que llegase el auxilio pedido al virey, y que esperaban con la impaciencia que el náufrago el barco que se acerca á salvarle. El gobernador Cristóbal de Oñate conocia la actividad del virey, y no dudaba que estaria ocupándose en formar una expedicion respetable que pusiese término á la sublevacion.

No se equivocaba. Desde el momento que D. Antonio de Mendoza recibió la noticia de la muerte de Pedro de Alvarado y de la derrota sufrida, despachó correos á los diversos puntos donde el adelantado habia dejado situada su fuerza, ordenando á los capitanes que permaneciesen en ellos hasta que otra cosa se dispusiese; mandó al jefe de la escuadra que permaneciese en el puerto sin que saliese ningun barco perteneciente á ella; y reunió una fuerza respetable para salir personalmente á batir á los sublevados de la Nueva Galicia. Antes de ponerse en marcha, escribió al gobernador Cristóbal de Oñate dándole cuenta de sus disposiciones, y encargándole que se mantuviese á la defensiva hasta su llegada.

1541. El día 8 de Octubre de 1541 se hallaba formado el ejército para salir hácia la Nueva Galicia. La gente mas lucida de Méjico formaba la expedicion. Treientos hombres de caballería, mandados por

expertos capitanes, y doscientos cincuenta de infantería, formaban la fuerza española. El ejército auxiliar era tambien escogido y numeroso. Se componia de cincuenta mil guerreros tlaxcaltecas, mejicanos y tarascos, con sus jefes mas renombrados y aguerridos. El virey, confiando en la lealtad de los escuadrones indígenas, dió permiso á sus caciques y nobles para que proveyesen, si querian, de armas de fuego y de caballos á sus soldados. Hasta entonces, únicamente los principales personajes y capitanes indios habian disfrutado de aquella distincion. Los jefes indígenas quedaron cautivados con el permiso que el digno gobernante les daba, y formaron cuerpos privilegiados de escopeteros y guardias de caballería. La providencia les pareció imprudente á algunos españoles, y murmuraron de ella al principio, diciendo que era exponerse á ser atacados por los mismos á quienes se llevaba de amigos. Pocos, sin embargo, eran los que abrigaban la referida desconfianza. El virey, lo mismo que todos los españoles que conocian el país, tenian una elevada idea del carácter pundonoroso de los pueblos del Anáhuac, y estaban persuadidos de que nunca faltarian á la amistad jurada.

Dada la señal de marcha, el ejército salió de la capital, provisto de todo lo necesario, y atravesando los territorios de Méjico y de Michoacan, llegó á Tlasasalca, en que partia términos el país de los tarascos con las tierras de los chichimecas. Tres dias despues, las tropas penetraban en el hermoso valle de Cuina, en la Nueva Galicia, admirando la fertilidad del suelo y los cultivados campos que se extendian á distancia inmensa. Los

indios que habitaban á orillas del rio de Cuiseo, salieron de paz á recibir al virey, manifestándole su adhesion y respeto. D. Antonio de Mendoza les agradeció el empeño que mostraron en obsequiarle, y continuó su marcha con las precauciones que deben observarse cuando se camina por un país sublevado. De repente hizo alto el ejército al llegar á unas escarpadas rocas de difícil acceso, en que se habian situado doce mil indios sublevados, para disputar el paso á las tropas del virey. Al ver detenido al ejército, lanzaron horribles alaridos de guerra y blandian sus armas en señal de desafio.

El virey Mendoza, procurando evitar el derramamiento de sangre, les suplicó que dejasen su actitud hostil, y les prometió perdon de lo pasado si volvian á sus hogares tranquilamente. Desechada por los sublevados la proposicion, y manifestándose dispuestos á luchar hasta vencer ó morir, se dió la orden de asalto. La fuerza de infantería española, apoyada por veinte mil indígenas, dió el asalto. La disposicion primera del virey fué cercar completamente á los sublevados por una fuerza española, apoyada por veinte mil guerreros tlaxcaltecas, mejicanos y tarascos. Formado el cerco, destacó las columnas de ataque sobre las albarradas construidas por los sublevados entre las mismas rocas. La artillería, dirigida con acierto sobre los puntos fortificados, protegía la subida de los asaltantes, que tenian que luchar con un enemigo dotado de extraordinario valor y con la escabrosidad del terreno. Los mejicanos, tlaxcaltecas y tarascos, alentados por el espíritu guerrero que les distinguia, y queriendo sobresalir cada provincia por el valor de sus guerreros, ayudaban eficaz-

mente á los españoles, arrojándose sobre sus contrarios con furia indescriptible. Naciones las tres acostumbradas á las fatigas de la campaña y que se habian distinguido por su denuedo y bizarría, anhelaban medir sus armas con los demás reinos que habian sido sus contrarios. Los sublevados se defendieron por varios dias con notable heroismo; pero tomadas las trincheras levantadas en los puntos mas accesibles, los asaltantes se lanzaron en persecucion de sus contrarios, que se retiraban de roca en roca, oponiendo una firme resistencia. Abierto el paso, las tropas auxiliares, dando horribles alaridos de triunfo, acometieron como feroces leones á sus contrarios, alfombrando de cadáveres el peñascoso cerro. Los sublevados, acometidos por todas partes, caian expirantes, destrozados por los terribles golpes de las macanas de los tlaxcaltecas, tarascos y mejicanos. Pocas horas despues, el teatro de la accion era un vasto cementerio. Diez mil guerreros de los que habian defendido la posicion con esforzado aliento, se hallaban sin vida sobre el campo de batalla. Los dos mil que no habian perecido, se hallaban prisioneros en poder de los escuadrones auxiliares. El virey dió las gracias á los jefes indios por los servicios prestados en la accion, elogió su valor y bizarría, y les suplicó que le entregasen los prisioneros para hacer justicia, puesto que no era permitido hacer esclavos. Obsequiado el deseo de D. Antonio de Mendoza, el noble gobernante tranquilizó á los prisioneros, les aconsejó que viviesen pacíficamente, les puso en libertad y les dejó ir á sus casas, manifestándose triste por haberse visto obligado á combatir contra los que hubiera querido perdonar.